

EL VOLCÁN

Ana Belén Hormiga

Tierra, gofio, sal

ANAYA



Tierra, gofio, sal

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Ana Belén Hormiga Amador, 2024

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, febrero 2024

Ilustraciones: Raquel Lagartos

ISBN: 978-84-143-4009-7

Depósito legal: M-33908-2023

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL VOLCÁN

Ana Belén Hormiga Amador

Tierra, gofio, sal

ANAYA

*A Milagros,
por compartir conmigo tus recuerdos.
A Álex,
por compartir conmigo esta y tantas historias.*

Hay personas que creen que cuando algo importante va a ocurrir, se nota en el ambiente. Yo no lo sé. Solo puedo asegurar que antes de que Amparo naciera, llovió durante tres meses en Arona.

Tras las lluvias, el suelo quedó resquebrajado y salpicado por enormes piedras, como si fuera el fondo de un río que estaba seco desde hacía décadas.

Al principio, nadie relacionó el nacimiento de Amparo con aquella tragedia. Tuvo que pasar mucho tiempo para que sospecharan que el diluvio seguramente anunciaba que iba a nacer la muchacha a la que la mayoría de la gente le tendría pánico.

CAPÍTULO 1

*Guagua: vehículo automóvil
de gran capacidad preparado
para el transporte colectivo de personas,
con trayecto fijo.*

Durante los primeros años de su infancia, Amparo parecía una niña normal. Con cinco años, la hija de doña Lola y don Miguel era muy alegre y disfrutaba cuando su padre la llevaba subida a la pela o cuando iban al barranco de Achacay para lavar las sábanas, las mantas y las prendas grandes.

Mientras su madre restregaba cada uno de aquellos tejidos con una pastilla de jabón Lagarto, Amparo se divertía chapoteando en los charcos con el resto de chiquillos. También le gustaba ir con su hermano Marcelo a coger burgados, chirrimirres (unos caracoles más pequeños que los burgados) y lapas.

Desde muy pequeña, Amparo se ganó el cariño de las vecinas porque no le importaba hacer mandados, vigilar a los críos que corrían descalzos de un lado a otro o arrodillarse y quitarles los piojos. Además, tenía algunas responsabilidades con las que cumplía religiosamente. Una de sus preferidas consistía en ir al chorro para recoger agua. Usaba una

vieja lata que en el pasado sirvió para transportar aceite. Antes de cargarla, preparaba con las manos la rodilla, es decir, enrollaba un trozo de tela y se lo ponía en la cabeza como si fuera un pequeño turbante. Luego le pedía a alguien que le echara una mano para levantar el pesado recipiente y colocarlo sobre esa almohadilla y poder transportarlo.

Su hermano Marcelo era tan responsable como ella. Trabajaba de jornalero en una finca de tomates y por las tardes se reunía con su amigo Jaime García y varios hombres de la zona para jugar a la baraja hasta que anochecía.

Don Miguel, doña Lola, Marcelo y Amparo nunca se metieron con nadie ni causaron problemas. Ello propició que, poco a poco, se ganaran el respeto y se convirtieran en personas muy queridas en el sur de Tenerife.

Cuando Amparo cumplió once años, la pobreza obligó a don Miguel a emigrar a Venezuela. Por esta razón el padre no se enteró de lo que sucedió con Amparo ni pudo ayudar a su mujer o a Marcelo cuando las cosas se torcieron.

El día de su partida don Miguel prometió volver. También juró que no los olvidaría al salir por última vez de la cueva que habían convertido en su casa. Aseguró que escribiría y, de hecho, los primeros meses cumplió con su palabra enviándoles cartas e incluso un paquete con café crudo. Amparo, Marcelo y doña Lola le mandaron quesos y largas

misivas hasta que de repente no se supo nada más de él. Fue a raíz de su desaparición cuando comenzó a invadirles una sensación de desasosiego que parecía no tener fin.

La familia siguió esperando noticias de don Miguel. Por eso, doña Lola y Amparo iban con frecuencia a la curva en la que paraba la guagua que traía la correspondencia.

Jaime García, el mejor amigo de Marcelo, solía coincidir con ellas en ese lugar. El muchacho acudía porque se carteaba con una joven de La Palma que conoció durante el servicio militar.

Casi siempre, Jaime, doña Lola y su hija se sentaban sobre varias piedras grandes y hablaban hasta que oían que la guagua se acercaba. Al escucharla, Amparo no podía evitar que el corazón se le desbocara.

La chiquilla, incapaz de controlar sus nervios, se levantaba y presenciaba cómo frenaba el vehículo provocando un terrible chirrido que se mezclaba con el olor a gasoil y el alboroto de la gente.

Cuando bajaban la saca gris del correo, todo el mundo se arremolinaba alrededor mientras repartían su contenido. A menudo, Amparo se agarraba el vestido con las manos y sin que nadie se diera cuenta rezaba para que dijeran el nombre de su madre. Entonces, a medida que la saca se vaciaba, la desilusión se apoderaba de ella y las lágrimas le resbalaban por la cara.

Doña Lola no lloraba o al menos no lo hacía delante de las vecinas. La pobre mujer intentaba marcharse lo más rápido posible de allí llevando la cabeza bien alta y prometiéndose en silencio que jamás volvería a pasar por la humillación de no recibir unas letras.

Pero a los pocos días, siempre ocurría lo mismo: doña Lola olvidaba su promesa y se sentaba de nuevo con Amparo en aquella curva por si llegaban noticias de don Miguel. Sin embargo, cada vez que iban, regresaban a la casa con las manos vacías y el estómago encogido.

No decían nada, aunque las noches se hacían interminables pensando si él estaría muerto, habría sufrido algún accidente, se habría enamorado de otra o se habría atrevido a ignorarlas.

Fue así como Amparo aprendió a levantar la cabeza y a llorar a escondidas. También descubrió que era preferible no nombrar a su padre para evitar que a su madre se le empañaran los ojos y el alma.

CAPÍTULO 2

*Jilorio: sensación de malestar
en el estómago producida
por ganas de comer.*

Tras la desaparición de don Miguel, tuvieron que enfrentarse a la constante escasez de comida en la mesa, por eso Marcelo habló con un chico de su edad y juntos se echaron a la mar aprovechando que era verano, que las aguas estaban en calma y que tenían la barca.

Desde pequeño, Marcelo había ido a pescar con don Miguel. Gracias a ello conocía las corrientes y otros secretos útiles para alimentar a los suyos. Sabía que la solución la encontraría mar adentro. Nunca pensó que fuera peligroso alejarse de la costa.

Las primeras veces que salió a la mar, su madre lo esperó inquieta en la orilla. Luego ella se acostumbró a ir de madrugada con Amparo y sentadas sobre una roca rezaban hasta que lo veían aparecer. Cuando doña Lola divisaba la embarcación de su hijo, se santiguaba dándole las gracias a Dios. Después recogía apresuradamente el pescado que él le

entregaba, lo metía en la cesta de mimbre y para que se mantuviera fresco lo rodeaba con sal y con mujo.

Otra de las cosas que hacía antes de ponerse la cesta sobre la cabeza era tapar la mercancía con un paño que luciera muy limpio, porque la gente se fijaba en esos detalles a la hora de elegir con quién hacer negocios.

Cada día, doña Lola y Amparo recorrían a pie caminos empedrados y senderos que parecían interminables. Esto les permitía llegar a lugares en los que podían intercambiar lo que transportaban por higos, aceite, carne, nísperos o cualquier alimento que sirviera para matar el jilorio.

Andaban descalzas para no desgastar las lonas. Solo se ponían el calzado cuando entraban en los pueblos o estaban cerca de las viviendas que visitaban para ofrecer sus productos.

Muchas mañanas, subían hasta Ifonche, Trevejo o Vilaflor porque en esas zonas había más papas, verduras y frutas. El recorrido era tan duro que en ocasiones doña Lola tenía que apoyarse y descansar en alguno de los muros bajos que existían.

Durante esos segundos que le servían para recuperar las fuerzas, mantenía la cesta sobre la cabeza. Gracias a ello, recuperaba el aliento y podía seguir hacia adelante sin demorarse demasiado.

Amparo también cargaba una cesta repleta de productos: varias viejas atadas con hilo, unas fulas...

y a veces botellas con burgados o lapas que habían preparado en escabeche.

Las dos iban con seis o siete mujeres que, como ellas, eran barqueras: esposas, madres, hermanas o hijas de pescadores. Además, había marchantas, señoras que compraban el pescado para luego revenderlo o intercambiarlo.

A la mayoría les gustaba entonar canciones que mezclaban con bromas y que servían para que, incluso las que estaban embarazadas, pudieran sobrellevar el esfuerzo con alegría.

Amparo se sentía feliz dentro del grupo, así que se enfadó bastante cuando una madrugada, de repente, doña Lola le anunció que ya no iría a trabajar con ellas. La madre no le reveló el verdadero motivo de su decisión. Solo le dijo que debía quedarse en la casa.

Amparo suplicó, lloró y chilló, pero no sirvió de nada. Para su madre, aunque no lo confesara, aquello suponía un enorme sacrificio porque le dolía el pescuezo y no contar con ella implicaba transportar sola veinte o treinta kilos de peso.

Sin embargo, no le quedó más remedio que renunciar a su ayuda al darse cuenta de que el hijo de don Antonio Valdés, uno de los grandes terratenientes y productores de tomates del sur, intentaba hablar con Amparo todas las mañanas.

Antoñito Valdés tenía diecisiete años, no obstante, ya arrastraba una mala fama ganada a base de

propasarse con varias chicas pobres. Algunas, incluso, aseguraban que sus vientres abultados eran culpa suya.

A su padre, don Antonio Valdés, le hacían gracia las correrías de su vástago y lo justificaba cada vez que recibía quejas por su terrible comportamiento. Las pocas ocasiones en las que no pudo defenderlo, don Antonio Valdés recurrió a un viejo truco que solía funcionar: amenazaba a las familias de las agraviadas con no volver a contratarlas para trabajar en sus fincas o con prohibirles seguir viviendo sobre sus terrenos.

16

Doña Lola temió que el interés de Antoñito Valdés aumentara y se convirtiera en una obsesión peligrosa si continuaba viendo a Amparo. Así que decidió que no la acompañaría más.

A la muchacha le molestó que le prohibiera ir. Por eso, los primeros días perseguía a su madre por el camino. Le daba igual que esta le gritara o que la amenazara con dejarla atada a la valla.

Doña Lola, harta de pelear, llegó a coger un par de piedras y a lanzárselas con gran puntería a los tobillos. Asombrosamente, aquellos impactos no sirvieron para que Amparo desistiera de su empeño.

La madre solo logró que obedeciera cuando le abrió la frente con una pedrada. Fue así como Amparo descubrió que su progenitora era capaz de fracturarle el cráneo antes de permitir que fuera a faenar con ella.

Doña Lola consiguió que nadie volviera a ver los ojos canelos de su hija, sus labios carnosos y el cabello oscuro. No pudo evitar, sin embargo, que intentaran encontrarla, ni que la desgracia que presentía viniera a visitarla hasta su hogar.